

cultura

Amor trágico entre la barbarie estalinista

Se reedita 'La quinta esquina', la obra de Izraíl Méter oculta durante 20 años

ROGER SALAS
Madrid

A casi 20 años de la primera edición de *La quinta esquina* por la editorial Lumen en 1995, Libros del Asteroide ha recuperado este título prodigioso y al que se le puede poner el adjetivo de subyugante. Se trata de la obra cumbre de Izraíl Méter (Járkov, 1909-San Petersburgo, 1996), un desgarrador testigo literario de la barbarie estalinista. Lumen también editó en 2001 *Genealogías*, unos relatos autobiográficos que en muchos sentidos entroncan con este libro sin género preciso. Si se quiere, llamémoslo novela.

El traductor y prologuista de *Genealogías*, Ricardo San Vicente, recogía una entrevista esclarecedora con el escritor. Méter dice: "Mi patria, Rusia, es un campo de pruebas donde la historia realiza sus experimentos sociales, y donde además no tiene en cuenta el destino de cada uno de los hombres aislados. El individuo se enreda entre las patas de la historia y ésta pasa por encima de él y lo convierte en polvo,

El libro se publicó en 1989, después de la desintegración de la URSS

y por muchas veces que el hecho se produzca, sólo llegamos a comprenderlo, preparados ya para una nueva espiral de errores". Todas estas palabras caben en un resumen argumental de *La quinta esquina*.

Judío, marcado por unos discretos orígenes burgueses, sin acceso a la universidad, forjándose

una profesión guarnecido por sus propias y piadosas mentiras, Méter dibuja al Boria de la novela con sus mismas heridas y vivencias, con su amor desafortado, trágico y caótico por Katia.

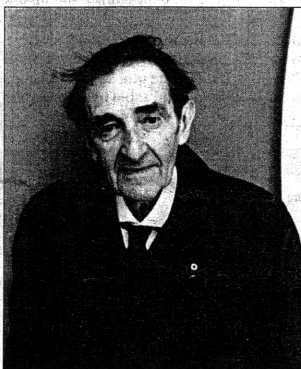
Ese Boria se dice a sí mismo: "¿Por qué no hemos dejado ninguna huella en la tierra?". En la entrevista citada, recapitula: "Desde niño me he acostumbrado a percibir el aliento pestilente del antisemitismo a mis espaldas. Tal vez suene terrible, pero ¿se puede uno acostumbrar a la inmundicia?". Pero ¿qué es la quinta esquina a que se refiere el título? Un tenebroso sistema, una tortura que inventaron en aquellos tiempos y que luego enseñaron generación tras generación: al torturado, entre golpes, se le impelia a encontrar la quinta esquina de una habitación cuadrada.

No hay un orden cronológico en las escenas porque acaso no lo hay tampoco en la mente del escritor; el respaldo de cualquier ordenación más lógica está sustituido por un borrascoso torrente de angustia, a veces con un anárquico, tozudo sentido del papel de los recuerdos.

Narrador de potente estilo propio, tan poético como seco, Méter escondió celosamente el libro más de 20 años después de darlo por terminado. Es verdad que en 1964 apareció *Katia*, breve librito con algunas escenas entresacadas del original de *La quinta esquina* y del que expurgó todas las escenas políticas o citas comprometidas; lo que quedó era bonito, pero sabía a poco. Como asegura la crítica literaria Mercedes Monmany, su mayor atractivo es su estilo, y este se despliega a plenitud por todas las páginas escondidas. Era un manuscrito que quemaba, unas páginas que ardían solas, como ese fuego mítico por es-



San Petersburgo, en 1955, bautizada durante el período soviético como Leningrado, ciudad en la que transcurre buena parte de *La quinta esquina* y donde murió en 1996 su autor, Izraíl Méter (abajo). / YEVGENY KHALDE (CORBIS)



pontáneo de que hablan las leyendas. Nunca hubo copias de *La quinta esquina*. La esposa de Izraíl la tecleó pacientemente con un dedo, aporreando —con mucho miedo— la vieja y sonora máquina de escribir. Una vez hecho, el manuscrito pasó por diversos escondites domésticos, imaginando cada vez un escondrijo inacce-

sible a la imaginación y olfato de los sabuesos del KGB. Tuvo que surgir la *perestroika* y la *glásnost*, tuvo que caer el muro de Berlín y desaparecer la Unión Soviética, tuvieron que rodar las estatuas de Lenin y Stalin (no todas) para que finalmente en 1989 viera la luz de la impresión este libro, un texto que hace pensar que todos los totalitarismos se merecen tener, por lo menos, un Izraíl Méter que sustituya olvido por memoria.

Pero este libro es también y sobre todo una poderosa obra acerca de la soledad, una soledad sustancial y sobrehumana, esa que en la literatura rusa se informa en profundidad desde antes en Gogol y Chéjov y que ya habita y domina el discurso, su lírica interior, desde los tiempos del Oblómov de Iván Goncharov (paradigma del personaje superfluo) a los personajes de Turgué-

niev. Mucho después, en el también ucraniano Mijail Bulgakov, se volverá a encontrar a estos observadores desgraciados del mundo, un arquetipo del que el muy autobiográfico Boria de *La quinta esquina* es parte y hace coro, amén de los ruidosos fantasmas de tantos sacrificados en vano, de Isaac Babel a Meyerhold.

Al final de la obra aparece un personaje con visos de fantasma corporeizado, deambulador y grotesco, rechazado por el grupo. Se trata de otro jubilado como nuestro triste héroe que todos los veranos, mochila al hombro, peregrina más que ir de excursión a los lugares donde cayó todo su batallón. Allí escarba y señala de vez en cuando una tumba. "Pero eso se ha convertido en la idea central de su vida", escribe Méter: "El caminante continúa yendo de un lado a otro por la región, aburriendo con sus preguntas y sus peticiones". Méter concluye que padecen "la misma locura": "Los dos erramos entre tumbas imposibles de encontrar".